

LIBROS

Mauro Armíño:  
La espiral

La historia narrada en "El curso de las cosas", de Mauro Armíño, no está hecha para ser contada, y esto es algo bueno que se puede decir de algunas novelas (1). Rainer, un protagonista vulgar, interior, con un nombre que sobrecoge cada vez que se lo encuentra uno, seguramente porque suena demasiado a "gran personaje", y luego, una guerra, que no son sino recuerdos, escenas cortadas en una cabeza casi adolescente, contactos recurrentes con la muerte, y una medalla. Y una mutilación ambigua, que hubiera debido ser de guerra, pero es de otra guerra, de una diaria y terrible, y entonces sobrecoge. "El curso de las cosas" es una novela del tedio. Tedio urbano, que significa degradación y aburrimiento, y repetición y pérdida. Aquí, en la historia de este obrero que hubiera servido para fabricar un héroe, todo se degrada: el amor, las grandes palabras, los sueños. Curiosamente, en el buceo enloquecido que el protagonista va haciendo sobre su propia vida y persona, seguramente lo que busca con más ganas son los sueños. Y mientras va perdiendo esa identidad que se escapa en el curso de las cosas, de la vida como todas pero distinta, va reconociéndose despoblado de ilusiones, va desenmascarando hasta ese reducto inconfesado de la infancia, donde hallamos, en lugar de la felicidad tópica y adulta, las mismas pesadillas que siempre...

En cambio están las obsesiones. La muerte, que no es derrota, sino frustración, que es cobardía y admisión y resignación desde el principio. El amor, que es una pura llamada al sexo, una llamada más lingüística que nada, más comparativa y cultural, pero omnipresente, como

(1) Mauro Armíño: "El curso de las cosas". Ed. Akal. Madrid, 1976.



Mauro Armíño.

si detrás de toda esta reflexión loca sólo quedarán unos restos de ternura que sólo pueden ser resueltos en el encuentro de los cuerpos. La infancia, contaminada, cargada de humillación y culpa y muerte. La madre, como presencia última y constante. Y a veces, esas imágenes oscuras que encarnan las presencias: ese perro muriendo al principio y al final de la novela, esas iniciaciones amorosas de la infancia que lo son también en la prostitución y el aburrimiento. Como por un pozo, cortado y oscuro, Rainer desemboca en su propia muerte.

Sólo en las últimas páginas encontramos un ambiguo eje temporal a la novela, y hay que decir que este desmadre del tiempo, en que se estructura el discurso, es seguramente uno de sus aspectos más interesantes. Efectivamente, el relato, parcializado según la estética del fragmento, va y viene temporalmente libre, como en un montaje de presentes continuados pero simultáneos, recuerdos que no aparecen —y a veces sí— como tales, sino como escenas revividas. Y esta sensación de presente se acentúa porque Mauro Armíño les presta una singular atención a los objetos, a los movimientos, fijando perspectivas a veces, para poder multiplicarlas; siguiendo gestos otras, y al nombrarlos como en facetas, se nos escapa ese hilo conductor de la identidad entonces, o del tiempo antes. Y el resultado es el paro temporal, a la cámara lenta y terriblemente realista, que, por contra, desrealiza el mundo de los objetos, lo pierde, para manifestarse gloriosamente

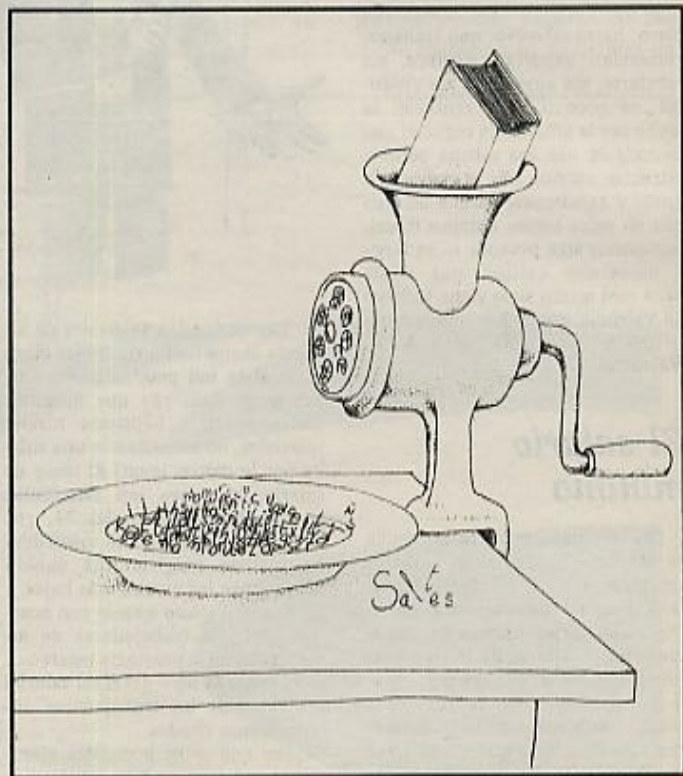
como texto. De manera descarada, asistimos entonces a demasiadas pérdidas de identidades: las de los objetos, que, separados de la perspectiva común, se nos escapan. Las de los actos más normales —atención: una escena de pies que se mueven, otra de persecución de monedas en el agua— que se separan del contexto de la historia, como si el fijarse en un detalle hiciera desaparecer el cuadro. Y por fin, pérdida de la identidad a secas, de ese pobre Rainer, acosado por ese agolpamiento de tiempos, de fragmentos desordena-

dos que al fin son una vida y que acaban con una pistola.

Sólo hay un beneficiario de tanto expolio: el texto mismo. La palabra. La palabra, que se presenta a sí misma como objeto final de toda esta historia, como medio y fin de esta fabricación. Hemos leído algo hecho expresamente para ser leído.

Y si además hemos tenido que trabajar para reconstruirlo sobre la pista de esta espiral de tiempo, bueno está. Y si además nos ha impresionado, y nos ha entristecido, bueno está. Si hemos reflexionado sobre la condición humana, estableciendo la difícil comparación. Al fin, la literatura está cumpliendo su papel: establecer la metáfora de las relaciones que se dan, en la realidad, entre los objetos, para, de alguna manera, de una manera analógica, invitarnos a que nosotros las establezcamos en el texto. Y de ahí, en el mundo.

Octavio Paz añade a ese juego de los espejos que llama analogía un dato más: la ironía. Que es la soledad consciente. Que el escritor la plasma y al lector le pasa. En el fondo, ese juego de reconocimientos verdaderamente terrible que nos propicia el tiempo que nos tocó vivir. Porque, ¿cómo no escalofriarse ante la desilusión terrible? Copio para ustedes la frase epílogo con





que Armiño termina su novela: "El sueño está desterrado, y en este exilio, lo humano colinda la tristeza, los deseos de amar, la impotencia, pero también la pulpa jugosa de la lucha, la vulva del amor, la posibilidad de estar con los otros". Y es que siempre, al final, sale la cara descarada de la esperanza. Si no, sólo quedarían las pistolas. ■ ROSA MARIA PEREDA.

## Joan Vinyoli o el encuentro con el presente

Tras largos años de hermética resonancia entre iniciados, sin apenas traspasar el reducto de los lectores profesionales de la literatura —agravado todo ello, además, por las dramáticas circunstancias en que ha debido desenvolverse la cultura catalana—, Joan Vinyoli está obteniendo actualmente un notable impacto entre un público, sobre todo juvenil, mucho más amplio. Así lo demuestra la acogida dispensada a *Ara que és tard* (1), su último libro, en el que sobresale tanto un sorprendente tratamiento de la imagen poética

(1) Joan Vinyoli: *Ara que és tard*. Edicions 62. Barcelona, 1975.

como la respiración vital que exhalan unos textos enjutos, tensos: el hombre perdido por las callejas de la ciudad, a la búsqueda de su identidad personal, una identidad que alcanza momentáneamente en la contemplación del lomo grisáceo del mar, en la persecución del paisaje huidizo de la infancia, en el sabor áspero del vino o en el vagabundeo, al romper el día, por los suburbios de la metrópoli.

Estas imágenes, de extraña quemazón para el lector, se desprenden una y otra vez tanto de *Ara que és tard* como del anterior poemario, *Encara les paraules*, y, sin duda, a causa de su temblor visceral, de su alergia ante cualquier maximalismo ideológico, constituyen uno de los aspectos que más ha sorprendido a un lector fatigado ya de tanta versificación utópica o mesiánica.

La coincidencia ideológica,



Joan Vinyoli.

incluso sensorial, entre Joan Vinyoli y la sensibilidad más adolorida del lector actual ha sido fruto de un ejercicio poético de casi cuarenta años: tiempo de experiencias destructoras a muy diverso nivel que, primero de manera tímida, luego ya de modo abierto, depositan su huella a lo largo de una praxis literaria siempre lenta, sobria, discreta. No podemos entender, así, el giro poético de Vinyoli acontecido, especialmente, en los años sesenta, sin tener en cuenta una serie de dolorosas peripecias en las que los vaivenes colectivos se mezclan con la conciencia herida del escritor: la guerra civil, la derrota, el largo, oscuro, subterráneo de la posguerra...

Precisamente la edición, aún reciente, de su *Poesía Completa* (2) nos ofrece, de modo panorámico, las diversas curvas creativas de la obra de Joan Vinyoli, así como, repito, su ruptura temática y formal, cuyas raíces podemos situar en los años cincuenta, aunque, por otra parte, es preciso reconocer que siempre ha sido propósito del autor un afán por la matemática colocación de la palabra poética, fruto, sin duda, del magisterio de Rilke y Carles Riba: *he de tornar a la llei / dels poemes antics i no deixar-me*

(2) *Poesía Completa (1937-1975)*. Ariel. Esplugas de Llobregat, 1975.

## Machado, prohibido en su tierra

Al sólo obtener autorización gubernativa para dos de los cinco actos que lo formaban, el Club Gorca de Sevilla ha decidido suspender un ciclo de homenaje a Antonio Machado en su centenario. El ciclo había comenzado con un desalojo: la primera intervención, del poeta Carlos Álvarez, coincidió con la huelga de maestros, que acudieron al Gorca con la intención de celebrar allí una asamblea. Llegó la Policía y desalojó a maestros y machadianos, y Carlos Álvarez se quedó con las ganas de continuar desde nuestro tiempo los versos apócrifos de "Pedro de Zúñiga".

El segundo acto no tuvo mayores inconvenientes, y los antiguos componentes del grupo gaditano Marejada pudieron recitar y musicar los poemas de don Antonio. Las mayores dificultades empezaron cuando Andrés Sorel pretendía hablar sobre "Antonio Machado y el compromiso histórico". Sorel nos contaría luego su diaria odisea de los actos culturales y la represión oficial:

—Llegas a una ciudad para dar una conferencia pensando en el permiso, si llegará o no llegará. Y al final no llega; y al otro día, en otra ciudad, esperando otra vez si dan o no dan el permiso...

Esta vez tampoco llegó el permiso, en la escalada de suspensiones y multas. Y cuando un responsable del Gorca se interesó en el



Gobierno Civil por la autorización, comprobó que también había sido vetada una mesa redonda sobre "Machado vivo", en la que habíamos de intervenir Manuel Barrios, José María Vaz de Soto, Manuel Laza, Rafael de Cózar, Manuel Carrasco y el autor de estas líneas. De todo un ciclo, sólo había quedado intacto un conferenciante, el profesor Antonio Rodríguez Almodóvar, por lo cual Gorca decidió por su parte suspender en aquel momento el frustrado homenaje a Machado en su tierra, donde apenas el centenario ha tenido por parte de la Sevilla real más respuesta que la del grupo poético Gallo de Vidrio, o la del Club Ceres.

En este contexto, pocos días después era difundido un escrito enviado anteriormente al ministro de la Gobernación con la firma de más de mil profesionales, artistas, intelectuales y profesores, en el que expresan "su consternación y enérgica protesta por las continuas restricciones que viene padeciendo nuestra ciudad y en general la región andaluza en el ámbito de las expresiones y manifestaciones culturales en cuanto aspiran a tener una amplia resonancia popular". ■ ANTONIO BURGOS.